



**Duch, Lluís (2004). *Estaciones del laberinto: ensayos de antropología*.
Barcelona: Herder.**

Salom  Morales (Universitat Autónoma de Barcelona).

“La tragedia es el lugar donde el “yo” social-enfrentado a la inconcebible maldad de los dioses- se quiebra, y ya no sabe quién es” (Gr ner, 2002)

“El hecho moderno es que ya nos creemos en este mundo. Ni siquiera creemos en los acontecimientos que nos suceden, el amor, la muerte, como si sólo nos concernieran a medias. No somos nosotros los que hacemos cine, es el mundo el que se nos aparece como un mal film”. (Deleuze, 1987)

Somos seres que existimos en el curso de nuestra expresión comunicativa. Sean lenguajes propios o apropiados, nuestro “ser” en el mundo necesita utilizar un puente o un médium que articule lo que hay dentro de nosotros. En este caso ese recipiente comienza en las palabras, continua con los movimientos y sigue en todos los actos que dicen tanto de nosotros de manera silenciada. “Constitución logom tica” porque el ser humano es como un gran misterio que necesita imágenes y símbolos para representar y construir la realidad, o mejor dicho su propia representación de la realidad. Necesidad de los símbolos porque como dice Durand, los símbolos irradian significaciones siempre renovadas, que abren nuestro conocimiento, intuitivamente, al campo de lo que parece imposible de representar sensiblemente. (Durand, 1981). Y es precisamente esa capacidad de abstraer, hacer sensibles y “físicas” las ideas, la que diferencia al ser humano frente a los demás seres. Sin embargo, no siempre esta comunicación es fácil, y como menciona Duch en su texto *Estaciones del laberinto*,

hay una serie de condicionantes que pueden hacer que el ser esté “incomunicado” o “recluido en el mutismo”. Valdría preguntarse si estamos yendo hacia la deshumanización del hombre, ya que cada vez se tiende más al aislamiento sea físico o espiritual, a la hiperindividualización, a la disminución de las actividades colectivas a la ausencia de la necesidad del *otro*, porque nos bastamos por nosotros mismos para todo. ¿Será el fin de la Historia, del Sujeto, de las identidades? O ¿estaremos dejando de ser humanos para convertirnos en otra cosa?.

Duch habla de la *mise-en-scène*, del sometimiento del hombre a teatralizar, a representar continuamente su *yo* de una forma u otra ante los demás y si mismo. Esta puesta en escena del yo, que podría ser una cuestión de identificación más que de identidad parece que surge contra los otros. Y digo “contra” porque al ser una identificación artificial deja de ser a favor de los otros, porque en el fondo es falsa y no es más que una máscara que encubre esencias que no se llegan a expresar, bien porque no somos capaces de sacarlas fuera de nosotros o bien porque no interesa mostrarlo todo. Me pregunto si la identidad, o como la llama Duch, identificación, (para no caer en visiones esencialistas que la consideran como algo innato e invariable) carece de sentido en un tiempo tan fragmentado como es el nuestro. La crisis de identidad que se vive en la postmodernidad tiene mucho que ver con la ruptura de las nociones espacio-temporales en las que nos encontramos inmersos. Hoy todo se discute, hoy todo da lo mismo. No hay mundos comunes. Todos los esquemas cósmicos han desaparecido, ni la Naturaleza, ni Dios ni el Hombre moderno han dado con las soluciones a las grandes cuestiones. El esquema de comprensión ha explotado, no hay esquema. Todo es deconstrucción, abismo o fractura, superficialidad.

El ser humano postmoderno se caracteriza por ser dispersivo o disperso, lo que quiere decir que ha roto la línea que prolongaba los acontecimientos y aseguraba la concordancia de proporciones en el espacio. El azar se convierte en el hilo conductor de su vida, de acontecimientos que se convierten en tiempo muerto o que se adelantan y suceden demasiado pronto. Lo dispersivo, lo no-pertenciente. Los roles que se adaptan se hacen múltiples, y se establecen vínculos débiles entre unos y otros. La situación podría decirse que es de paseo, como de vagabundeo, un ir y venir continuo, interior y exterior, en un espacio cualquiera. Es como si el espacio estuviese rehecho, un mundo sin enlace y sin totalidad. Los acontecimientos se posan sobre las personas, que permanecen inmóviles, silenciadas, sin capacidad de movimiento.

Las identidades culturales renacen potenciadas en forma de fundamentalismos o nacionalismos como respuesta al Imperialismo, para acabar convirtiéndose en gueto,

del que todos somos partícipes y miembros. Las circunstancias histórico-culturales generan cada vez más en occidente cuestiones de no-identificación que definan el porqué de las personas. Cada vez son más las situaciones de exilio cultural, de no-lugares, de no-pertenencia a ninguna parte. Y así mismo de búsqueda de unos orígenes perdidos en el sin-sentido de no ser ya más que una etiqueta que nos vino impuesta, o que nos viene ya alejada y distante, que se vive de una forma exagerada. Los lazos con la tierra, o con la “no-tierra” porque nunca fue conocida, ni vivida más que virtualmente, se idealizan y se hacen más fuertes. Fuera del lugar en el que viven —donde están— y fuera del lugar de dónde vinieron, al que ya tampoco pertenecen. Y sin alejarme del texto, es precisamente esta capacidad fabuladora del ser humano, esa nostalgia de los orígenes de la que habla Duch la que surge en estos contextos de las sociedades multiculturales de una forma aberrante y compleja.

Dice Duch que para el ser humano, sólo existe lo que, directa o alusivamente, es capaz de expresar, de empalabrar. Pero, ¿y lo no dicho? ¿Es acaso menos importante el fuera de campo al que alude una imagen que su contenido en sí? Esta misma experiencia la vivimos a diario con los medios de comunicación. Tan sólo existe lo que es representado mediáticamente, lo que no aparece en la agenda setting no existe, como si al taparnos los ojos con una venda dejásemos de ver el hambre o la pobreza en el mundo. Y son estas creaciones artificiales las que constituyen el eje de nuestras preocupaciones, el eje de nuestras conversaciones diarias. Y esta comunicación masiva, la que hace que los humanos construyamos el espacio y el tiempo en el que nos situamos.

El carácter artificial del tiempo y el espacio del que habla Duch, y sus respectivos valores y significados, se ve muy claramente al analizar la evolución o transformación de estas nociones a lo largo de la Historia, o al comparar sus usos en culturas diferentes. En este fragmento, Naipul, premio novel de literatura en 2001, habla de su desconcierto al llegar a Bombay, que no es más que una muestra de las diferentes formas de entender y vivir el tiempo.

“La multitud continuaba. Y, de repente, vi que una gran parte estaba compuesta por una larga cola o hilera de personas... La fila crecía sin cesar, y aunque a trechos parecía parada, se movía lentamente. Me di cuenta de que llevaba un buen rato pasando con el taxi junto a aquella hilera, quizá de un kilómetro y medio de longitud. ¿A qué esperaban esas personas? ¿Qué posibilidades tenían de lograr lo que querían?

No sabía que pasaba. Pero la gente que hacía cola no mostraba esa clase de inquietud..." (Naipul: 1990) ⁱ

Como dice Harveyⁱⁱ, la condición posmoderna comprime el espacio y el tiempo. Acelerados los ritmos de rotación del capital, lo volátil adquiere poder. Lo instantáneo, lo efímero se convierte en valor de signo, virtudes del capitalismo avanzado que obliga a remoldar las opiniones los gustos, las ideas... El impulso estético del modernismo consistía en perseguir el sentido de la eternidad en medio del flujo del tiempo, abolir el tiempo dentro del tiempo. Pero en la postmodernidad, la eternidad en sí carece de sentido. Los tiempos clásicos se ven arrebatados por la velocidad con la que el futuro se descuenta del presente. La postmodernidad puede entenderse como un sistema acelerado, que ama la velocidad, lo caótico, cambiante y fragmentado, torbellino que pasa y explota, crisis de representación, ruptura del sistema de valores, en el que los horizontes del tiempo se colapsan, se desdibujan, se pierden. ¿Será la muerte del tiempo y el espacio? Y es que hoy en día parece que están en auge lo artificial por un lado, como símbolo de la hegemonía capitalista y su correspondiente revancha: la sacralización de lo interior, de la psique como camino de salvación, como salida de vuelta a lo natural, en medio del caos. Da la sensación de que es una actitud mediática o una moda en sí. Como ya cayeron los ideales colectivos de salvación del mundo, los movimientos sociales no dieron resultado, al menos sálvese cada uno a uno mismo.

ⁱ V.S. Naipul (1990) *India*. Contemporánea. Barcelona.

ⁱⁱ Harvey, D. (1990) *La condición de la posmodernidad*. Amorrortu. Buenos Aires.